

XXI

LA SESIÓN

AQUELLA mañana, por excepción, no se había celebrado el gran almuerzo de costumbre en el número 32 de la plaza de Vendôme. Con esta ocasión allá á cosa de la una, hubiérais visto desplegarse en toda su prosopopeya en el soportal el blanco barrigón de M. Barreau, rodeado de tres ó cuatro pinches de cocina luciendo sendos birretes, y de otros tantos palafreneros de gorrita escocesa, grupo imponente que iba á la suntuosa mansión

el aspecto de una fonda cuyo personal tomase el fresco entre un tren y otro tren... Completaban este parecido el fiacre parado frente á la puerta, y el cochero que estaba descargando una maleta de cuero de forma antigua, á tiempo que una anciana de elevada estatura, enhiesta como un huso, encapuzada de amarillo y con un chal verde, y un cesto en el brazo, saltaba ligeramente á la acera, miraba el número con suma atención, y se acercaba luego al grupo de criados para informarse de si era allí donde vivía M. Bernardo Jansoulet

—Vive aquí, le contestaron... pero no está en casa.

—No le hace, dijo la anciana con la mayor naturalidad del mundo. Volvióse al cochero, hizo colocar su maleta en el soportal, y pagó, apresurándose á meter otra vez su portamonedas en el bolsillo en un ademán que denunciaba claramente sus recelos de aldea.

Eran tantos los tipos exóticos y estraños que se habían apeado en aquella casa desde que Jansoulet era diputado por Córcega, que apenas si llamó la atención de los criados la llegada de aquella mujer que se diferenciaba de las insulares recién llegadas por la soltura y desembarazo de sus maneras.

—¿De modo que el amo no está en casa?... dijo la anciana en una entonación que antes parecía dirigirse á los mozos de una granja, de un *mas* de su tierra, que á la insolente lacayería de un palacio parisiense.

—No, el amo no está en casa.

—¿Y los niños?

—Toman lección... No podéis verles.

—¿Y la señora?

—Duerme todavía... No abre su cuarto hasta las tres.

Á la buena mujer pareció como que le extrañase que se pudiese estar en cama hasta tarde; pero llevada de ese instinto certero que á falta de educación sirve de norma á las personas naturalmente distinguidas, abstuvo de toda suerte de indicaciones delante de los criados, y pidió entonces por Pablo de Géry.

—Está de viaje...

—¿Y Bompain Juan Bautista?

—Ha ido á la sesión con el amo.

La anciana frunció sus pobladas cejas grises:

—No importa... Subid arriba mi maleta.

Y en ademán imperioso, fijando los ojos con cierta malicia en la turba de criados como en desquite de las miradas insolentes que le venían dirigiendo, añadió:

—Soy la mamá

Pinches y palafreneros se apartaron respetuosamente. M. Barreau saludó con la gorra.

—Ya me parecía á mí que había visto á la señora en alguna parte.

—Tampoco me era desconocida tu cara, contestó la Jansoulet que se estremeció al recuerdo, suscitado por la respetable figura del jefe de cocina, de las tristes fiestas del Bey

¡Tu cara!... Á M. Barreau, á un hombre de su importancia... Tanta franqueza realzó mucho á la mamá en concepto de aquella gente.

¡Ah! las grandezas y los esplendores no deslumbraban á la animosa anciana. No había en ella ninguna mamá Bory de ópera cómica, de esas que se emboban ante los dorados y las chucherías de ciudad, y al subir detrás de su maleta por la escalera de honor, ni las canastas de flores de las mesetas, ni las estatuas de bronce fueron parte á que dejase de notar que había un dedo de polvo en el pasamano y rotos en la alfombra. Condujéronla á las habitaciones del cuarto segundo, reservadas para la Levantina y los niños, y allí, quedó sola, con el cesto encima de las rodillas aguardando á que regresase su Bernardo, ó quizás á que despertase su nuera, ó el inefable placer de abrazar á sus nietos. Lo que veía en torno suyo bastaba y sobraba para darle una idea del desconcierto de un interior fiado por completo á la servidumbre y falto de la vigilancia y la previsorá actividad de una mujer. Grandes armarios, llenos de ropa blanca amontonada sin ton ni son en rimeros panzudos, irregulares, á pique de caer; las telas de batista, los juegos de mesa, de Sajonia, tirados al azar... Y no sería por falta de yentes y vinientes, pues á cada paso entraban y salían criadas tras criadas, negras con madrás amarillo que sin mirar tiraban de una servilleta, de un delantal, andaban pisando todas aquellas

riquezas domésticas desparramadas por el suelo y arrastraban, enredadas en sus piés, patas más que piés, rancias de encajes descosidas de unas desmesuradas enaguas que una costurera había dejado por el suelo, con el dedal á un lado y las tijeras al otro, en señal de haber interrumpido de momento la labor.

Calcúlese el efecto que había de producir aquel batiburrillo en la pobre mujer, porque en el fondo de la madre del millonario Jansoulet seguía subsistiendo la menestra-la semi-rústica, con el respeto, el cariño, las dulces manías que inspira á las de su estamento el armario de la ropa blanca que se ha ido formando pieza por pieza, lleno de las reliquias de un pasado menesteroso, y cuyo contenido se ha ido aumentando y afinando al compás de las posibilidades, signo aparente del bienestar de la casa. Madre de un millonario, todavía la rueca no salía de sus manos desde la mañana á la noche, y si se indigna en ella la mujer hacendosa, la hiladora hubiera llorado de buena gana ante aquello que era á sus ojos como una profanación. Al fin, no pudo aguantar más, se levantó, dejó su actitud observadora y púsose á estirar, á plegar cuidadosamente toda aquella magnífica ropa blanca, ni más ni menos que como en las pelusas de Saint-Romans cuando se daba la fiesta de una colada magna, con un ejército de lavanderas. Á lo mejor de aquella ocupación que la hubiera hecho olvidarse de su viaje, de París y aun del lugar en que se encontraba, apareció de improviso en la ropería un sujeto rechoncho, barrigudo, de copiosas barbas, bota charolada y una chaqueta de terciopelo que dibujaba un cuello de toro.

—¿Tú por aquí... Cabassú?

—¿Y vos aquí, señora Francisca?... ¡Qué sorpresa! dijo el frotador arqueando sus ojazos de *giaour* de pendulo.

—Ya lo ves, Cabassú... Acabo de llegar. . Y ya he encontrado en qué ocuparme... Me mataba este desorden.

—¿Habréis venido para asistir á la sesión?

—¿Qué sesión?

—¿Cuál ha de ser? La gran sesión del Cuerpo legislativo... Hoy se celebra...

—Pues á fe que no. ¿Qué me importan á mi esas co-

sas...? Ni sabría de qué se trataba... No, he venido porque me moría de ganas de conocer á mis nietecitos, y luégo, porque empezaba á estar con cuidado. Llevo escritas una porción de cartas sin haber recibido contestación. Temía que alguno de los niños estuviese enfermo, que los negocios le fuesen mal á Bernardo, en fin, todas las malas ideas imaginables. Empecé á ponerme triste y aquí me he venido... Según me han dicho, todos están bien...

—Todos perfectamente, á Dios gracias.

—¿Y Bernardo?... ¿Su comercio?... ¿qué tal marcha?

—¡Psché! Nunca faltan sus tropiezos... pero, en fin, Dios se lo conserve... Mas ahora que recuerdo, estaréis rendida de hambre... Voy á encargar que os sirvan algo.

Iba á llamar con el desparpajo de quien tenía por suya aquella casa aun más que la anciana madre. Ésta le detuvo.

—No, no. Todavía me quedan provisiones de viaje.

Sacó del cesto y puso encima de la mesa dos higos y un pedazo de pan duro, y luégo, entre bocado y bocado:

—¿Y á ti cómo te van los negocios? Desde la última vez que estuviste en el Bourg veo que te luce mucho el pelo... amigo, y qué vestido, y qué majo vas... ¿Qué te haces ahora?

—Soy profesor de frotación... contestó Arístides con gravedad.

—¿Tu, maestro?... dijo la anciana con respetuoso asombro; pero no se atrevió á preguntar qué era lo que enseñaba, y Cabassú, á quien hacia maldita de Dios la gracia semejante interrogatorio, se dió prisa á variar de tema.

—¿Queréis que vaya por los chicos?... ¿No les han dicho que estaba aquí la abuela?...

—No he querido interrumpir su trabajo... Pero ahora parece que ha terminado la clase... Escucha...

Oíase detrás de la puerta aquel impaciente pataleo de chicos de escuela al terminar la clase, ávidos de espacio y de aire, y la anciana saboreaba aquel delicioso bullicio que atizaba su deseo maternal, pero que hacía al propio tiempo que se abstuviese de acelerar su satisfacción... Por fin se abrió la puerta... Salió el primero el preceptor, un cura de aguda nariz y recios mofletes á quien conoce-

mos de los almuerzos de gala de otro tiempo. Reñido con su obispo, tenía por buena ganga el enseñar á los niños Jansoulet, recientemente expulsados del colegio Bourdaloue. Con el aire solemne, altivo, abrumado á responsabilidades, que debían de tener los grandes obispos encargados de la educación de los Delfines de Francia, precedía á tres hombrecillos rizados, enguantados, de sombreros oblongos, corto chupetín, cartera de cuero sostenida por doble correa cruzada en el pecho, y medias encarnadas que les llegaban á la mitad de sus flacuchas pierrecillas de muchacho crecentón, el porte de un cumplido velocipedista en el momento de ponerse en funciones.

—Hijos míos, dijo Cabassú, el familiar de la casa, ahí está la señora Jansoulet, vuestra abuelita, que ha venido á París expresamente para veros.

Los tres se cuadraron, extrañados, examinando aquel viejo semblante surcado de arrugas que asomaba por entre las barbas amarillentas de la cofia, aquel porte raro, de una simplicidad de que no tenían idea; y á su asombro correspondía el de su abuela, agravado por una dolorosa decepción y por la especie de malestar que sentía al hallarse en presencia de aquellos señoritos estirados y desdénosos por el estilo de los marqueses, condes y prefectos que su hijo le trafa á Saint Romans. Á una indicación de su preceptor «de que saludasen á su venerable abuela», presentáronse por turno á darle algunos de aquellos apretoncitos de manos que con tanta profusión llevaban distribuidos por las buhardillas; y la verdad es que aquella buena mujer, de cara terrosa, de modestísimo aunque aseado atavío, les recordaba las visitas de caridad del colegio Bourdaloue. Entre ellos y ella igual desconocimiento, igual distancia, que ni un recuerdo ni una palabra sola de sus padres habían cuidado de llenar. El preceptor reparó en aquella turbación, y para disiparla, se lanzó á una de esas alocuciones de voz ahuecada y ademanos virulentos familiares á los que se figuran siempre que están hablando desde lo alto de los diez escalones de un púlpito.

—Y bien, señora, llegó por fin el solemne, el solemnísi no día en que M. Jausoulet va á confundir á sus enemigo. *Confundantur hostes mei, quia injuste ini-*

*quitatem fecerunt in me*, porque me han perseguido injustamente.

La anciana se inclinó religiosamente al paso del latín de Iglesia, pero su rostro dibujó una vaga expresión de inquietud ante la idea de enemigos y persecuciones.

—Muchos son y poderosos esos enemigos, noble señora, pero no nos alarmemos más de lo justo. Tengamos fe en los decretos del cielo y en la justicia de nuestra causa. Dios vela por ella, y su poder no será quebrantado, *In medio ejus non commovebitur*.

Interrumpiéndole un negro gigantesco, galoneado de oro flamante, anunciando que estaban á punto los velocípedos para la lección diaria en la terraza de las Tullerías. Antes de irse, volvieron los muchachos á sacudir con toda solemnidad la mano guijarrosa y arrugada de su abuela, la cual les miraba salir, estupefacta y con el corazón opreso, cuando de improvviso, al llegar á la puerta, el más pequeño, por un adorable impulso espontáneo, volvióse rápidamente, dió un empujón al negrazo, y echada adelante la cabeza como un búfalo de cría, corrió á arrojar-se encima de las faldas de la anciana á la cual estrechó á brazo partido tendiéndole su frente lisa coronada de rizos rubios, la graciosa postura del niño que ofrece su caricia como una flor. Acaso aquél, más vecino al nido y á sus tibios vapores, á los regazos que mecen y á las rústicas canciones de las nodrizas, había sentido infiltrarse en su diminuto corazón los efluvios maternos de que le privaba la Levantina. La pobre anciana se entremeció al inopinado contacto de aquel apretón instintivo.

—Hijo mío... hijo mío... murmuró cogiendo entre sus manos la cabecita sedosa y rizada que le recordaba otra de otros tiempos, y la abrazó con frenesí. Luego el muchacho se desasíó echó á correr sin decir una palabra. con los cabellos empapados en calientes lágrimas.

Sola con Cabassú, la madre, reconfortada por aquel beso, pidió explicaciones acerca de las palabras del sacerdote. ¿De manera que su hijo tenía muchos enemigos?

—¡Oh! decía Cabassú, en una posición como la suya nada tiene de particular.

—Pero, en fin, ¿en qué consiste ese gran día, esa sesión de que os oigo hablar á todos?

—Pues sí... Hoy vamos á saber si Bernardo será ó no diputado.

—¡Cómo!... ¿Pues todavía no lo es?... Y yo que se lo he dicho á todo el mundo, yo que un mes atrás hice iluminar todo Saint-Romans... De modo que se me ha hecho decir una mentira.

Con harta trabajo logró el frotador hacerle comprender las formalidades parlamentaria de la aprobación del acta. La anciana apenas paraba atención, recorriendo la roparía á grandes pasos.

—¿De modo que en este momento Bernardo está allí?

—Sí, señora.

—Y las mujeres ¿pueden entrar en esa Cámara?... Entonces, ¿cómo es que no está allí la suya?... Porque, en fin, comprendo perfectamente que se trata de una cosa muy importante para él... En día como este tendrá necesidad de sentir á todas las personas que ama... Mira, tú vas á llevarme á esa sesión... ¿Estás muy lejos?

—No, aquí muy cerca... Sólo que habrá comenzado ya. Y además, añadió el *Giaour* algo turbado, es la hora en que la señora me necesita.

—¡Ah!... ¿De modo que tú le enseñas eso de que dices que eres profesor?... ¿Cómo lo llamas?

—La frotación... Es una cosa que viene de la antigüedad. Precisamente está llamando ya. Pronto vendrán á buscarme. ¿Queréis que le diga que estais aquí?

—No, prefiero irme allá enseguida.

—¿Pero cómo vais á entrar sin tarjeta?

—¡Bah! diré que soy la madre de Jansoulet y que voy para oír cómo juzgan á mi hijo.

¡Pobre madre! No se figuraba ella que hablase con tanta propiedad.

—Entonces aguardad, señora Francisca. Á lo menos os daré alguien que os guíe.

—No, no, ya sabes que yo no estoy por eso de los criados. Buena lengua tengo, y gente hay por las calles. Ya daré con el camino.

Cabassú tentó un último esfuerzo, aunque sin revelar todo su pensamiento:

—No vayáis. Sus enemigos van á hablar contra él en la Cámara, y acaso tengais que oír cosas que os darán mucha pena.

¡Oh! con qué soberbia fe y orgullo maternal contestó:

—¿Pues no sé yo mejor que todos ellos lo que vale mi hijo? ¿Hay algo, por ventura, que pueda desconceptuarle á mis ojos? ¡Sería menester para ello que yo fuese bien ingrata! ¡Adelante!

Y sacudiendo fieramente su cofia, partió

Enhiesto el busto, alta la cabeza, la anciana se iba á bruscas zancadas por debajo de los altos pórticos que le habían dicho que siguiese, algo aturdida por el incesante rodar de los carruajes y por la ociosidad de su marcha que no acompañaba ya el movimiento de la fiel rueca. Aquellas ideas de enemistad, de persecución, las misteriosas palabras del sacerdote, las reservas de Cabassú la conturbaban, la tenían azorada. En ellas veía la explicación de los presentimientos que de ella se habían apoderado desde que la fortuna había echado sobre ella y sobre su hijo aquella capa de oro de macizos pliegues... ¿Acaso iba á comenzar ya el desquiciamiento?... Y de pronto, por entre aquellas lúgubres ideas, el recuerdo de la infantil escena que acababa de presenciar, de aquel pequeñín agarrado á sus sayas de droguete, hacía asomar á sus labios arrugados la hinchazón de una sonrisa enternecida; y encantada, murmuraba para sí:

«¡Oh! por aquel pequeñito...»

Una plaza magnífica, inmensa, deslumbrante, dos juegos de agua que se reducía á polvo, luego un gran puente de piedra y allá en el extremo, una casa cuadrada con estatuas en la parte delantera, una verja al pié de la cual aguardaban muchos carruajes, gente que entraba, grupos de municipales. Era allí... Abrióse paso por entre el gentío y avanzó hasta llegar á una alta puerta de cristales.

—¿La tarjeta, buena mujer?

La buena mujer no la traía, pero con la mayor sencillez dijo á uno de los porteros de solapa encarnada que custodiaba la puerta:

—Soy la madre de Bernardo Jansoulet... Vengo á la sesión de mi hijo.

Era realmente la sesión de su hijo: porque entre el gentío que asediaba las puertas, que llenaba los pasillos, el salón, las tribunas, el palacio entero, sólo se oía su nombre acompañado de sonrisas y de historietas de sucedidos. Todo el mundo esperaba un gran escándalo, revelaciones terribles del ponente que á buen seguro producirían algún arrebató violento en el salvaje acorralado. Había tantos apretones como para un estreno ó para la vista de una causa célebre. Imposible le hubiera sido á la buena mujer hacerse oír entre tamaña afluencia, si el rastro de oro que dejaba siempre el Nabab por donde quiera, como huella de su paso regio, no le hubiese allanado todos los obstáculos. Seguía, pues, detrás de un ujier de servicio por aquel dédalo de corredores, de puertas batientes, de salones desmantelados y sonoros, llenos de un vago susurro que circulaba en el aire, cual si las piedras mismas impregnadas de charlatanería uniesen á los ecos de todas aquellas voces los ecos en ellas adormecidos. Al atravesar un corredor vió á un hombrecillo moreno que gesticulaba y gritaba á los porteros.

—Diréis á moussiou Jansoulet que ahí está el alcalde de Sarlazaccio que ha sufrido por él cinco meses de cárcel... Bien valía la pena de una tarjeta para la sesión!

Cinco meses de cárcel á causa de su hijo... ¿Cómo podía ser?... Sobremanera desazonada, llegaba por fin, silbándole los oídos, á lo alto de un pasadizo en cuya pared se veían varias puertecitas como de fonda ó de palco de teatro, coronadas de distintas inscripciones: *Tribuna del Senado, del Cuerpo diplomático, de los Diputados*. Entró, y sin ver en el primer momento más que cuatro ó cinco filas de bancos atestados de gente, y al frente, muy lejos, de ella separadas por un extenso hueco, otras tribunas llenas igualmente, quedóse en pie y pegada de codos al tabique divisorio deslumbrada, aturdida, sin darse cuenta de cómo se encontraba allí. Una ráfaga de aire caliente que le hería el rostro, un estrépito de voces que subía de abajo le atraía en dirección á la pendiente del estrado, hacia la especie de abismo abierto en el centro de la inmensa nave donde suponía que había de estar su hijo. ¡Oh! qué anhelo sentía de verle... Entonces, adelga-

zándose todavía más, poniendo en juego sus codos puntiagudos y recios como un huso, fué deslizándose, escurrendose por entre la pared y los banquillos, sin parar mientes en las refunfuñaduras que producía, en el desdén de las señoras vestidas de gala cuyos encajes y primaverales atavíos estrujaba. Porque la asamblea estaba compuesta de elegantes, de gente de mundo. Allí estaba, y pronto le reconoció la madre Jansoulet por su peto inflexible y su aristocrática nariz, el pollo marqués invitado de Saint Romans, á quien tan bien sentaba su nombre de ave de lujo; pero él no la miró. Así ganó algunas filas hasta que fué detenida por un dorso de hombre sentado, un enorme dorso que obstruía el paso por completo privándola de ir adelante. Por fortuna, inclinándose un poco, podía ver desde allí todo el salón; y aquella gradería en semicírculo en la cual se apiñaban los diputados, el verde de las paredes, la tribuna en el fondo ocupada por un sujeto calvo, de porte severo, todo ello á la luz estudiosa y neutra que caía del techo, producíanle el efecto de una clase que va empezar y á la cual preceden la charla y el trasiego de las cabezas á pájaros de los estudiantes.

Una cosa le llamó la atención, la insistencia de todas las miradas en una misma dirección, hacia un centro común, y siguiendo aquella corriente de curiosidad que arrastraba á toda la concurrencia así en la sala como en las tribunas, vió que el punto de convergencia era su hijo.

En la tierra de los Jansoulets, se ve, aún hoy, en algunos templos antiguos, en el fondo del coro, promediando la altura de la cripta, una especie de garita de piedra desde la cual oía el oficio el leproso, mostrando á la multitud curiosa y atemorizada su sombría silueta de bestia fiera acurrucada, de espaldas á las saeteras abiertas en el muro. Francisca recordaba perfectamente haber visto, en la aldea en que había sido criada, al leproso, terror de sus pocos años, perdido entre la sombra y la reprobación, oyendo misa desde el fondo de su jaula de piedra. Al ver á su hijo sentado, con la cabeza entre las manos, aislado, solo, en la parte superior del hemiciclo, volvió á su mente aquella imagen. «Parece el leproso» murmuró la campesina. Y leproso era en efecto aquel pobre Nabab á quien

en aquel instante los millones traídos de Oriente infligían á modo de una terrible y misteriosa enfermedad exótica. Por casualidad el banco en que se había sentado tenía una porción de huecos producidos por licencias ó muertes recientes; y mientras los demás diputados conversaban unos con otros, se reían, se hacían señas, mantenía-se él aislado, silencioso, blanco de la atención de la Cámara entera, atención que la madre Jansoulet veía bien que era irónica, malévola y que la hería de rechazo. ¿Cómo hacerle saber que ella estaba allí, cerca de él, que no lejos del suyo latía un corazón amigo? De pronto sonó un campanillazo en la tarima presidencial, los concurrentes todos se movieron á una, alargáronse las cabezas todas por ese impulso instinto que inmoviliza los rasgos de la fisonomía, y un sujeto flaco, con anteojos, surgiendo en pié de entre la masa de diputados sentados, lo cual le daba ya de suyo la autoridad de la actitud, dijo abriendo el cuaderno que tenía en la mano:

—Señores, en nombre de la tercera sección vengo á proponeros que anuléis la elección de la segunda circunscripción del departamento de Córcega.

En el profundo silencio que siguió á estas palabras que la madre Jansoulet no comprendió, el caballero gordo sentado delante de ella se echó á resollar estrepitosamente, y de pronto, desde la primera fila de la tribuna, volvióse á él un delicioso semblante de mujer para dirigirle una rápida seña de satisfacción y de inteligencia. Frente pálida, labios delgados, cejas que el marco blanco del sombrero acababa de ennegrecer, todo ello hizo en los ojos de la buena anciana, sin saber ella el por qué, el doloroso efecto del primer relámpago, cuando estalla la tormenta y el rápido cruzar de los fluidos engendra la aprensión del rayo.

Le Merquier leía su dictamen. La voz lenta, apagada, monótona, el acento lionés, tardo y afeminado, á cuyo ritmo se columpiaba con un movimiento de cabeza y de hombros casi involuntario la luenga talla del abogado ponente, contrastaban de una manera singular con la feroz precisión de su requisitorio. Comenzaba éste por una rápida exposición de las irregularidades electorales. Nunca

había sido tratado el sufragio universal con un desparpajo bárbaro y primitivo como aquel. En Sarlazaccio, donde parecía tener asegurado el triunfo el opositor de Jansoulet, la noche antes del escrutinio había sido destruida la urna. Lo mismo, ó á poca diferencia, había sucedido en Lévie, en Saint-André, en Avabessa. La ley no merece respeto alguno. Por doquiera el fraude, el amaño, hasta la violencia. En Calcatoggio, durante las horas de la elección, mantúvose apostado en la ventana de un mesón, frente por frente á la alcaldía, un sujeto armado de carabina, y cada vez que asomaba por la plaza alguno de los partidarios de Sebastiani, adversario de Jansoulet, el sujeto en cuestión, encarándole el arma: «Si das un paso más te la pego.» Ni ¿dónde mejor prueba de una licencia sin freno que el ver á comisarios de policía, jueces de paz, fiel-contrastes convertidos descaradamente en agentes electorales, atemorizando, arrastrando al cuerpo electoral sometido á todas esas despóticas influencias de campanario? Hasta sacerdotes hubo, santos pastores que, extraviados por su celo en pro del cepillo de los pobres y del sostén de su necesitada iglesia, predicaron una verdadera misión en pro de la elección de Jansoulet. Otra influencia todavía más poderosa, aunque menos respetable, fué puesta en juego á favor de la buena causa: la influencia de los bandidos. «Si, señores, de los bandidos, y hablo en serio.» Aquí un bosquejo á grandes rasgos del bandolerismo corso en general y de la familia Piedigriggio en particular.

La Cámara escuchaba con profunda atención y con cierta inquietud. Al fin y al cabo, lo que se denunciaba eran los manejos de un candidato oficial, y aquellas raras costumbres electorales eran las de un país privilegiado, cuna de la familia imperial, enlazado tan estrechamente con los destinos de la dinastía que un ataque á Córcega parecía remontarse hasta el soberano. Pero cuando se vió que desde el banco del gobierno, el nuevo ministro de Estado, enemigo y sucesor de Mora, satisfecho sobremanera del fracaso de una de las hechuras del difunto, sonreía benévolamente á la cruel rechifla de Le Merquier, al punto desapareció toda reserva, y la sonrisa

ministerial, reproducida en trescientas bocas, fué tomando creces; la hilaridad era general, y en las tribunas, en todos aquellos rostros de mujeres se dibujaba una animación radiante, el placer de poder parecer bonitos sin faltar á la solemnidad del sitio. Los penachos floridos de los sombreritos claros vibraban rápidamente, y por las banderas asomaban brazos torneados, ceñidos de oro, que se ponían de codos con toda comodidad para oír mejor. El grave Le Merquier amenizaba la sesión con un espectáculo, con una ligera nota cómica por el estilo de las que se permiten los conciertos de beneficencia para engatusar á los profanos.

Impasible y frío á pesar del éxito, el ponente seguía leyendo en su voz incolora y penetrante como una lluvia lionesa:

— Y ahora, señores, yo pregunto: ¿Cómo se explica que un extranjero, un provenzal recién llegado de Oriente, que desconoce por completo los intereses y las necesidades de aquella isla en la cual no había estado antes de las elecciones, el tipo acabado de lo que denominan los corsos desdeñosamente un continental; cómo, repito, se explica que un hombre así haya logrado despertar entusiasmo semejante, un afecto llevado hasta el crimen, hasta la profanación? Pues bien; sus riquezas son las que se encargan de contestar, su oro funesto lanzado á la faz de sus electores, embolsado por fuerza en sus bolsillos con un cinismo descarado de que hay infinitas pruebas.» Aquí la interminable serie de denuncias: «Yo el abajo firmado Croce (Antonio) declaro en interés de la verdad que una noche estuve en casa del comisario de policía Nardi y me dijo: -Oye, Croce (Antonio)... Te juro por la luz que nos ilumina que si votas por Jansoulet, mañana por la mañana tendrás cincuenta francos.» Y estotra: «Yo el abajo firmado Lavezzi (Jaime Alfonso) declaro que rechazé con desprecio diez y siete francos que el alcalde de Pozzonegro me ofrecía para que votase contra mi primo Sebastiani...» Es probable que por tres francos más Lavezzi (Jaime Alfonso) hubiera devorado en silencio su desprecio. Pero la Cámara no hacía caso de semejantes grollerías.

Aquella Cámara incorruptible se sentía presa de indignación. Oíase gruñir, se rebullía en sus muelles escaños de terciopelo rojo, lanzaba exclamaciones. Todo eran «¡Ohs!» de estupefacción, ojos en acento circur flejo, diputados que se echaban atrás bruscamente ó se dejaban caer consternados, descorazonados, como acontecía á veces ante el espectáculo de la humana degradación. Y cuenta que la mayor parte de aquellos diputados se habían valido de idénticas maniobras electorales, que abundaban allí los héroes de esos famosos timos, de esas orgías al aire libre que pasearan en triunfo becerras empavesadas, llenos de cintas, como en una kermesse de Gargartua. Aquellos eran los que más vociferaban, los que se volvían furiosos en dirección al banco elevado y solo desde el cual escuchaba, inmóvil, con la cabeza hundida entre las manos, el pobre leproso. Sin embargo, en medio del *tolle* general, oíase una voz en favor suyo, una voz sorda, novicia, más que una voz, un vagido simpático por entre el cual se percibía confusamente: «Grandes servicios prestados á la población corsa... Trabajos considerables... *Caja territorial*...»

Quien tal balbuceaba era un hombrecillo de botines blancos, cabeza de albino, de ralos cabellos erizados en mechones. Pero la interrupción de aquel torpe amigo sirvió á Le Merquier para una transición rápida y perfectamente natural. Una sonrisa repugnante entreabrió sus lacios labios, «El honorable M. Sarigue nos habla de la *Caja territorial*; fácil nos será contestarle.» Y con efecto: parecía como que le fuese muy familiar el antro Paganetti. En breves palabras, precisas y briosas, proyectó la luz hasta el fondo de la oscura madriguera, mostró todos los lazos, los escondrijos, las tortuosidades, los escotillones, como gufa que sacude la antorcha por encima de los calabozos de algún siniestro *in pace*. Habló de las canteras falsas, de los caminos de hierro en el papel, de los buques quiméricos desaparecidos en su propio humo. Ni omitió el horrible desierto de Taverna, ni la vetusta torre genovesa en donde estaba establecida la agencia marítima. Pero lo que más divirtió á la Cámara fué la narración de una ceremonia picaresca organizada

por el gobernador para la apertura de un túnel á través del Monte-Rotondo, obra gigantesca, siempre, en proyecto, aplazada año tras año, que exigía millones en dinero y millares de brazos, y que se había inaugurado con gran pompa ocho días antes de la elección. El dictamen relatava la fiesta con mucha gracia, el primer golpe de azadón dado por el candidato en la enorme montaña cubierta de seculares bosques, el discurso del prefecto, la bendición de los oriflomas á los gritos de «Viva Bernardo Jansoulet» y doscientos trabajadores poniendo manos á la obra inmediatamente, trabajando noche y día durante una semana, luégo—una vez terminada la elección—dejando amontonados allí mismo los pedruscos alrededor de una excavación irrisoria, una nueva garida para los bandoleros de oficio. El golpe estaba dado. Después de haber sorbido durante tanto tiempo el dinero de los accionistas, la *Caja territorial* había servido aquella vez para birlar los votos de los electores.

—Por lo demás, señores, ahí va un último detalle por el cual debiera tal vez haber empezado á fin de ahorros la desoladora narración de esta mascarada electoral. Acabo de saber que hoy precisamente comienzan á incóarse diligencias criminales contra el establecimiento corso, y que, gracias á un escrupuloso reconocimiento de sus libros, vamos á asistir probablemente á uno de esos escándalos harto frecuentes por desgracia en nuestros días, y en el cual no querréis, para la respetabilidad de esta Cámara, que resulte comprometido ninguno de sus miembros.

Hecha esta súbita revelación, el ponente se detuvo un instante, haciendo una pausa, como el actor cuando acentúa un efecto; y en el dramático silencio que de improviso pesó sobre la asamblea, oyóse el ruido de una puerta que se cerraba. Era el gobernador Paganetti que abandonaba á toda prisa su tribuna, lívido el semblante, abriendo un palmo de ojos, los labios rechupados como un maese Pierrot que husmea en el aire algún formidable varillazo. Monpavón, inmóvil, echaba afuera su peto. El caballero gordínflón agitaba con violento resuello las guirnaldas del sombrerito blanco de su mujer. La madre de Jansoulet miraba á su hijo.

—He hablado, señores, de la respetabilidad de la Cámara... Tócame hablar de ella nuevamente...

Al llegar aquí, Le Merquier ya no leía. Detrás del ponente entraba en escena el orador, mejor dicho, el verdugo. Y en verdad que lo que allí se efectuaba era una ejecución en regla. El orador se proponía hacer caso omiso de las leyendas escandalosas, del misterio en que aparecía envuelta aquella fortuna colosal adquirida en remotos países, libre de toda suerte de fiscalización. Pero había en la vida del candidato ciertos puntos de difícil esclarecimiento, ciertos detalles... «Todos habréis comprendido, todos sabéis á qué rumores infames hago referencia, y bien quisiera poder decir á qué calumnias; pero la verdad me obliga á declarar que cuando, citado ante vuestra tercera sección, M. Jansoulet ha sido requerido para que se exculpase de las acusaciones contra él dirigidas, fueron tan vagas sus explicaciones que, aun sin dudar de su inocencia, el celo escrupuloso por vuestro honor nos obligó á rechazar una candidatura sobre la cual recaía una sospecha de índole tan grave. No, un hombre así no puede sentarse entre vosotros; y al fin y al cabo, ¿qué vendría á hacer aquí?... Establecido desde hace muchos años en Oriente, ha olvidado las leyes, las costumbres, los usos de su patria. Es de los que creen en la justicia expeditiva, en los garrotazos en mitad de la calle, de los que fian en los abusos del poder, y, lo que es peor todavía, en la venalidad, en la bajeza envilecida de todos sus semejantes. Es el mercader que se figura que todo se compra, con tal de que el precio lo valga, hasta los votos de los electores, hasta la conciencia de sus colegas...»

Era de ver la candorosa admiración con que aquellos santos varones, ahitos de bienestar, escuchaban á aquel asceta, á aquel hombre de otra edad que parecía un san Jerónimo salido del fondo de su Tebaida para venir, en plena asamblea del bajo Imperio, á fustigar con su indignada elocuencia el lujo desvergonzado de los concusionarios y de los prevaricadores. Entonces sí que se comprendía perfectamente aquel honroso sobrenombre de «Mi conciencia» con que era conocido en el foro, y con el

cual cuadraban á maravilla su elevada estatura y sus inflexibles ademanes. En las tribunas el entusiasmo estaba en creciente. Corría la aprobación de boca en boca, como el viento en la eflorescencia de un campo de trigo. Una voz de mujer gritaba en tonillo extranjero: Bravo, bravo...

¿Y la madre? En pié, inmóvil, absorta en su anhelo de entender algo de aquella fraseología de pretorio, de aquellas alusiones misteriosas, hacía allí lo que los sordos-mudos que no adivinan lo que se habla delante de ellos más que por el movimiento de los labios, por el acento de las fisonomías. Bastábale á ella con mirar á su hijo y á Le Merquier para comprender el daño que el uno hacía al otro. ¡Oh! si desde su puesto hubiese ella podido gritarle: «Ánimo, hijo mío. Cuando todos te desprecian, ahí está tu madre que te ama. Vente conmigo... ¿Qué nos importa de toda esa gente?» Y por un momento pudo creer que lo que ella le decía desde el fondo de su corazón llegaba hasta él por intuición misteriosa. Su hijo acababa de ponerse en pié, de sacudir su cabeza melenuda, congestionada; sus labios gruesos como de niño tiritaban al influjo de una nervosidad de llanto. Pero en vez de abandonar su asiento, parecía como que, por lo contrario, se agarrase á él y con sus gruesas manos amasase la madera del pupitre. El otro había acabado, llegábale á él su turno.

—Señores, dijo. Y se detuvo al momento, aterrado por el sonido ronco, terriblemente sordo y vulgar que por primera vez oía en el público. Fuéle preciso hacer una pausa durante la cual atormentó su rostro en busca de movimientos, su garganta en busca de entonaciones que no acababan de salir, para recuperar la fuerza de su defensa. Y si era conmovedora la angustia de aquel pobre hombre, no lo era menos la de la anciana madre que desde allá arriba, repercutía la mímica de la tortura de su hijo. Aunque él no podía verla, vuelto como estaba de espaldas á aquella tribuna que evitaba deliberadamente, sin embargo, aquel soplo materno, el ardiente magnetismo de aquellos ojos negros acabaron por devolverle la vida, y de improviso se encontraron desatados su palabra y sus gestos.

—Ante todo, señores, declaro que no voy á defender mi elección... Si creéis que las costumbres electorales no han sido siempre las mismas en Córcega, que todas las irregularidades cometidas han de imputarse, no al carácter inculto y apasionado de su pueblo, sino á la influencia corruptora de mi fortuna, entonces rechazadme, será justicia y no me quejaré. Pero media en todo esto algo que no es mi elección, median acusaciones que atacan mi honra privada, que la ponen en duda, y á esto sí que no puedo dejar de contestar.

Su voz iba afianzándose poco á poco, cascada y velada siempre pero con notas conmovedoras, de esas que ostentan á lo mejor los órganos cuya dureza primitiva ha sufrido algún quebranto. Refirió sucintamente su vida, sus comienzos, su marcha al Oriente. Parecía uno de esos cuentos del siglo pasado, de corsarios berberiscos que asolan los mares latinos, de beyes y de bravos provenzales, morenos como grillos, que acaban siempre por casarse con alguna sultana y por «tomar el turbante», según la frase tradicional de los marseleses. «Yo, decía el Nabab con su sonrisa bonachona, no he necesitado tomar el turbante para enriquecerme, me ha bastado aportar á aquellas tierras de la indolencia y del no importa la actividad, la ductilidad de un francés del Mediodía, y en pocos años he conseguido reunir una de esas fortunas que no se hacen más que allí, en aquel diablo de países cálidos en que todo es gigantesco, precoz, desproporcionado, donde las flores brotan en una sola noche, donde un árbol produce un bosque. La excusa de fortunas como esas estriba en el modo de emplearlas, y tengo la pretensión de creer que no ha habido favorito alguno de la suerte que haya hecho los esfuerzos que he hecho yo para hacerse perdonar su riqueza. No he logrado conseguirlo.» ¡Ah! no, no lo había conseguido... En cambio de tanto oro como había sembrado á diestro y siniestro, el desprecio ó el odio eran lo único que había cosechado... ¡Odio! quién podría jactarse de haber removido el que había removido él, como remueve el lodo, cuando llega al fondo su quilla, una barcaza cargada? Era demasiado rico, y su riqueza le hacía las veces de todos los críme-

nes, de todos los vicios, le hacía blanco de venganzas anónimas, de crueles é incesantes enemistades.

—¡Ah! señores, decía á voz en cuello el pobre Nabab blandiendo sus puños crispados, he conocido la miseria, me he batido con ella cuerpo á cuerpo, y os juro que es una lucha terrible; pero hay algo más horrible, más espantoso todavía, y es tener que luchar contra la riqueza. defender la dicha, el honor, el reposo, mal resguardados por esos montones de escudos que se os desmoronan encima y os aplastan. Nunca, ni en los días más negros de mi miseria, he sufrido las penalidades, los trabajos, los insomnios con que me ha agobiado la fortuna, esa maldita fortuna que aborrezco y que no me deja respirar... En París me llaman el Nabab... No es el Nabab como me tendrían que llamar, sino el Paria social que tiende los brazos abiertos á una sociedad que les rechaza...»

Impresas, acaso parezcan frías las frases anteriores; pero allí, ante la Asamblea, la defensa de aquel hombre parecía marcada con el sello de una sinceridad elocuente y grandiosa que comenzó por asombrar, en boca de aquel patán, de aquel improvisador, sin letras, sin educación, con su voz de marino del Ródano y sus ademanes de faquín, y que acabó por impresionar extraordinariamente al auditorio por lo que en ella había de inculto, de salvaje, de extraño á toda noción parlamentaria y al oír aquel grito de rabia y desesperación que lanzaba contra la riqueza aquel infeliz que se veía envuelto, arrastrado, ahogado por sus olas de oro, y que hacia esfuerzos y pedía auxilio para salir del fondo de su Pactolo, la Cámara entera se puso en pie aplaudiendo calurosamente, tendiendo las manos como si quisiese dar al infeliz Nabab aquellas pruebas de estimación de que se mostraba tan hambriento, y salvarle al propio tiempo del naufragio. Jansoulet lo sintió así; y reconfortado por aquella simpatía, alta la cabeza, segura la mirada, prosiguió:

«Se os ha dicho, señores, que yo no era digno de sentarme entre vosotros. Y quien tal ha dicho es el último de quien me hubiera esperado que lo dijese, porque es precisamente el único que conoce el doloroso secreto de mi vida; el único que podía responder por mí, justificar-

me y convenceros. No ha querido hacerlo. Pues bien, lo haré yo, por amargo que me sea... Calumniado vilmente ante al país, débome á mí mismo, debo á mis hijos esta justificación pública, y se le dará.»

Entonces, en brusco movimiento, volvióse hacia la tribuna donde sabía que le acechaba el enemigo, y de pronto se detuvo presa de terror. Allí, frente por frente á él, detrás de la cabecita pálida y respirando odio de la baronesa, su madre, su madre á quien él suponía á doscientas leguas de distancia del terrible foco de la tempestad, estaba contemplándole, apoyada en la pared, tendiendo hacia él su divino rostro inundado en lágrimas pero radiante al propio tiempo y enorgullecido del éxito colosal de su Bernardo. Porque era aquel un verdadero éxito de emoción sincera, profundamente humana, y que algunas palabras más podían convertir en triunfo. «Hablad... hablad...» gritábanle de todos los lados de la Cámara como para animarle, para darle valor. Poco tendría que haber dicho, sin embargo, para completar su defensa: «La calumnia ha confundido con toda intención dos nombres. Yo me llamo Bernardo Jansoulet. El otro se llamaba Jansoulet Luis.» Con esto bastaba.

Pero en presencia de su madre que ignoraba la deshonra del primogénito, era demasiado. Era demasiado para el respeto, para la solidaridad de familia.

Parecióle que oía la voz del anciano padre: «me muero de vergüenza, hijo mío.» ¿Acaso no moriría también ella de vergüenza si él hablaba?... Dirigió á la sonrisa maternal una sublime mirada de abnegación. Luégo, en voz sorda, con gesto de abatimiento:

—Perdonadme, señores; decididamente esta explicación es superior á mis fuerzas .. Abrid una información acerca de mi vida, accesible á todos y bien minuciosa, ¡ay! ya que todos se arrojan el derecho de interpretar sus actos... Yo os juro que no habéis de encontrar cosa alguna que me impida sentarme entre los representantes de mi país.

Ante aquella retirada que parecía el desplome repentino de un descaro colosal acorralado, el estupor, la desilusión fueron inmensas. Reinó un momento de agitación

en los bancos, el tumulto de una votación por sentados y en pié que á la dudosa luz de los cristales miró vagamente el Nabab, como mira el oleaje de la multitud desde lo alto del patíbulo el condenado á muerte; luégo, tras ese siglo de espera que precede al momento supremo, oyóse en el silencio profundo al presidente, quien, con la mayor sencillez del mundo, dijo:

—Queda anulada la elección de M. Bernardo Jansoulet.

No se había visto nunca dar fin á la vida de un hombre con menos solemnidad ni estrépito.

Allá arriba, en su tribuna, la madre Jansoulet no comprendió lo que sucedía, sino que se iban despejando los asientos, que muchos se levantaban y se iban. Bien pronto no quedaron á su lado más que el caballero gordinflón y la señora del sombrero blanco, asomados al antepecho, mirando con curiosidad en dirección de Bernardo, quien, á su vez, parecía disponerse á emprender la marcha metiendo con aire tranquilo una porción de voluminosos legajos en una gruesa cartera. Arreglados su papeles, se levantó... abandonó su asiento... ¡Ah! Esas existencias de bohemios se ven condenadas á veces á pasar por trances bien amargos. Con paso grave, lento, bajo las miradas de la Asamblea entera, hubo de volver á bajar aquellas gradas que había escalado á costa de tantas penas y tanto dinero, pero á cuyo pié le precipitaba una fatalidad inexorable. Aquello era lo que esperaban los Hemerlingue siguiendo con la vista fija hasta su etapa postera aquella salida desoladora, humillante, que graba en la espalda del invalidado algo del azoramiento y la vergüenza de un despido; luégo, así que hubo desaparecido el Nabab, miráronse el uno al otro con silenciosa sonrisa, y abandonaron la tribuna sin que la pobre anciana se atreviese á hacerles pregunta alguna porque su instinto le hacía adivinar la sorda enemiga de aquellos dos seres. Sola en la tribuna, siguió prestando toda su atención á la nueva lectura que se estaba dando, convencida de que todavía se trataba de su hijo. Hablábale de elección, de escrutinios, y la pobre madre, frunciendo sus espesas cejas, tendiendo su rojiza cofia, hubiera estado escuchando religiosamente hasta el final el dictamen de la elección Sarigue, si el ujier de

guardia que la había llevado hasta allí no hubiese comparecido á avisarla de que todo estaba concluído, y de que lo mejor era que se retirase. La buena mujer pareció como que quedase muy sorprendida.

—¿De veras... ya está concluído?... decía levantándose como con pena.

Y muy bajo, con timidez:

—¿Qué tal ha ido?... ¿Ha ganado?

El tono de la pregunta era tan cándido, tan enternecedor que ni ganas le dieron al ujier de reirse.

—Por desgracia, no, señora, no ha ganado... Pero ¿por qué se ha parado en la mitad del camino?... Si no había estado nunca en París y era otro Jansoulet quien había hecho todo lo que se le imputa á él, ¿por qué no decirlo?

La anciana madre, palideciendo, se apoyó en el pasamano de la escalera.

Lo había comprendido todo...

La brusca interrupción de Jansoulet al verla, el sacrificio que le había ofrecido tan sencillamente en su bello mirar de res degollada, todo volvía á su memoria; la vileza del primogénito, del hijo predilecto, se confundía de un golpe con el desastre del otro, dolor materno de dos filos que la desgarraba por cualquier parte que se volviese. Sí, sí, ella era la causa de que no hubiese querido hablar. Pero ella no aceptaría sacrificio semejante. Era menester que volviese acto seguido para explicárselo todo á los diputados.

—Mi hijo, ¿dónde está mi hijo?

—Abajo, señora, en su carruaje. Él es quien me manda á buscaros.

La madre se precipitó delante del ujier, andando aprisa, hablando en voz alta, atropellando al paso á una porción de hombrecillos negros y barbudos que gesticulaban por los pasillos.

Después del salón *des Pas Per-dus* atrevesó una vasta antecámara rotonda á cuyas altas paredes desnudas servían como de viviente y pintorreado basamento una fila de lacayos respetuosamente alineados. Desde allí, al través de las puertas acristaladas, divisábase la verja exterior, la multitud apiñada, y entre una masa de carruajes,

el de Nabab que estaba aguardando. La campesina reconoció de paso á su enorme vecino de tribuna en conservación con el caballero pálido, de anteojos, que había tronado contra su hijo y que recibía toda suerte de plácemes y de apretones de manos por su discurso. Al nombre de Jansoulet, pronunciado entre sonrisitas zumbonas la anciana refrenó sus largas zancadas.

—Lo cierto es, decía un pollito que tenía cara como de mujer perdida, lo cierto es que no ha probado que fuesen falsas nuestras acusaciones.

Al oír aquellas palabras, la anciana se coló con furia en el centro del grupo, y encarándose con Moëssard:

—Lo que él no ha dicho, lo diré yo. Yo soy su madre y tengo el deber de hablar.

Hizo un alto para detener por la manga á Le Merquier que se escabullía.

—Vos, malvado, vos seréis el primero en escucharme. ¿Qué es lo que tenéis que decir contra mi hijo?... ¿Ignoráis por ventura quién es? Pues yo os lo diré

Y volviéndose al periodista:

—Yo tenía dos hijos...

Moëssard había desaparecido. Volvióse á Le Merquier.

—Dos hijos, señor...

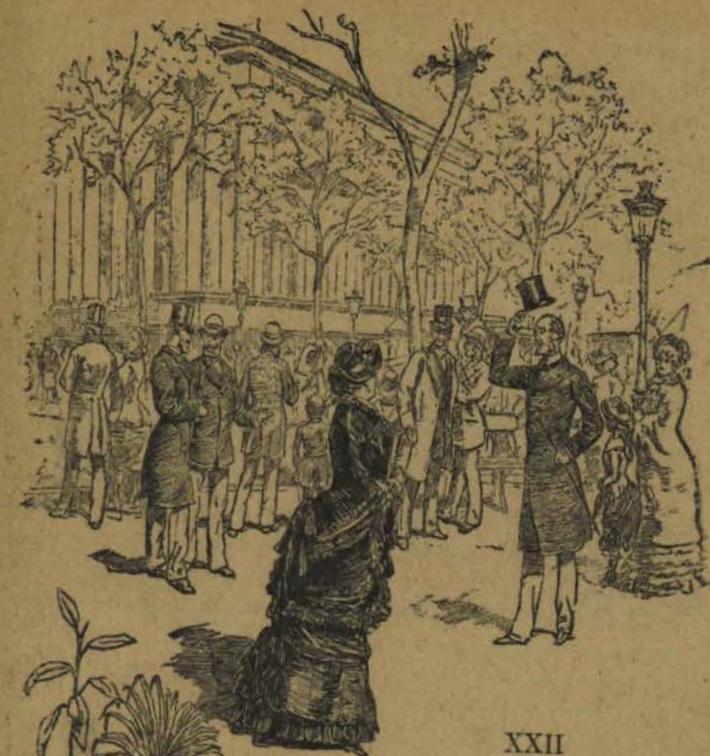
—¡Oh! oídme, oídme, os lo suplico decía la pobre madre tendiendo las manos y las palabras en torno suyo para retener, para reunir otra vez á sus oyentes; pero todos hufan, se escapaban, se dispersaban, diputados, revisteros, rostros desconocidos y burlones á los cuales querfa contar por fuerza su historia, sin cuidarse de la indiferencia que habían de encontrar sus penas y sus goces, su orgullo y su ternura maternas expresados en una algarabfa genial. Y mientras de tal suerte se rebullía, se agitaba, frenética, con la toca en desorden, grotesca y sublime á un tiempo como todos los seres de naturaleza en pleno drama civilizado, invocando como testigos de la honradez de su hijo y de la injusticia de los hombres hasta á los lacayos, cuya desdénosa impassibilidad era todavía lo más cruel, Jansoulet que acudía á su encuentro, apareció de improviso á su lado.

—Dadme el brazo, madre mía.. Dejad á esa gente.

Y lo dijo en voz alta, en tono tan tranquilo y tan sereno que cesaron las risas todas, y la anciana, calmada súbitamente, sostenida por aquel apretón sólido en el cual se apoyaban los últimos temblores de su ira, pudo salir del palacio por entre dos filas respetuosas. Pareja grandiosa y rústica, los millones del hijo iluminando la rusticidad de la madre como esos andrajos de santa que circuye un relicario de oro, desaparecieron en el resplandeciente sol que brillaba afuera, en el esplendor de su deslumbrante carruaje, ironía feroz en parangón con aquella tremenda indigencia, símbolo elocuente de la miseria espantosa de los ricos.

Sentados ambos en el fondo, porque tenían ser vistos, al principio no se dijeron una palabra. Pero no bien hubo emprendido la marcha el carruaje, no bien vió perderse detrás de él el triste calvario en el cual quedaba expuesta su honra, reclinó su cabeza en el hombro materno, ocultóla allí, y dejando que corriese su escaldado llanto, sacudido todo su enorme cuerpo por los sollozos, volvía á encontrar el grito de su niñez, el ay lastimero de cuando era pequeñito:

—Mamá... mamá.



XXII

DRAMAS PARISIENSES

¡Ay! ¡cuán ligeras huyen  
las horas del amor!  
Un sueño, un punto, nada...  
la vida de la flor! ..

A la media luz del gran salón en traje de verano, atestado de flores, cubierto de fundas blancas el damasco de la sillería. encapuchadas las arañas, corridas las cortinas, las ventanas abiertas la señora Jenkins sentada al